

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 24 de marzo en la Iglesia
de San Lorenzo, por el Ilmo. Sr. D.**

Alfonso Sánchez Martínez

Antes de iniciar la lectura del PREGON DE SEMANA SANTA DE MURCIA, justo es que manifieste al Ilustre Cabildo Superior de Cofradías, encarnado en su presidente, mi buen amigo, D. José Carmona, mi gratitud por el alto honor que me han dispensado con tan difícil encargo.

Pero igualmente justo es que confiese mi gran preocupación, mi sincero temor de que, en quienes me propusieron, haya contado más su seguridad en el amor que profeso a Murcia y a su Semana Santa, que las cualidades y conocimientos que poseo para tan solemne y trascendental acto.

Como si del «arranque» de una procesión se tratara, los primeros «signos» de este pregón quiero que sean de expresión sincera y de agradecimiento al presidente de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio, el Dr. D. Ramón Sánchez Parra-Jaén, por las amables y cariñosas palabras que acaba de pronunciar, sirviendo de pórtico de la Semana Santa que vamos a anunciar. Más, principalmente, de merecido homenaje en el recuerdo a la memoria del fundador y primer presidente de la cofradía, su querido padre, quien después de tantos años, no presenciará por vez primera desde la tierra, el desfile de la procesión que tanto amó.

Amable, sencillo, de ojos chispeantes que irradiaban expresiva cordialidad... esposo y padre ejemplar... maestro de maestros... transmisor de ilusiones y alegrías, cristiano y bueno... la figura de vuestro padre, Sr. presidente, se agiganta ahora con el paso del tiempo.

Y al igual que para su familia, representa para Murcia y para su Semana Santa en el recuerdo, el orgullo de haberlo tenido como ejemplo de gran señor, excelente amigo, ciudadano intachable, impecable caballero, gran profesional, entusiasta y regio nazareno... quien a buen seguro, habrá de asombrarse también este año al ver su procesión desde el «refugio» que tendrá merecido en el Cielo.

A lo largo de su dilatada vida, tomó tiempo para muchas cosas:

Tomó tiempo para pensar. Porque ésta es la fuente del poder.

Tomó tiempo para leer. Porque ésta es la base de la sabiduría.

Tomó tiempo para rezar. Porque éste es el mayor poder sobre la tierra.

Tomó tiempo para amar y ser amado. Este es un privilegio otorgado por Dios.

Tomó tiempo para ser amable. Porque éste es el camino de la felicidad.

Tomó tiempo para dar. Porque el día es demasiado corto para ser egoísta.

Tomó tiempo para fundar y crear. Porque ésta es la mejor forma de que los hombres, cuando quedan sus obras, no mueran.

Vengo a la Iglesia de San Lorenzo, como el más humilde penitente, atraído por el silencio de la noche, el oscuro color de túnicas nazarenas, buscando «refugio» en el corazón abierto de Cristo en la Cruz.

Me seduce, SEÑOR, tu mirada desgarrada de dolor. Tu espalda enrojecida por duros azotes sin culpa. Tu costado abierto por la fría e irresponsable lanzada de la duda.

Me duele, JESUS, tu dolor de punzantes espinas que penetran en tus sienes ensangrentadas y coronadas por la ira de los hombres...

Me impresiona, JESUCRISTO, la patética postura de tus brazos en Cruz, abiertos a la esperanza, al cobijo, al refugio de los pecadores.

Tu callada figura, con la huella austera de gubia castellana, simboliza esta noche el más expresivo PREGON del gran acontecimiento histórico que nos disponemos a anunciar; partiendo, como lo hizo por vez primera la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio, en la noche del memorable Jueves Santo de mil nove-

cientos cuarenta y tres; desde esta singular Iglesia neoclásica de San Lorenzo, que proyectó hace casi doscientos años Ventura Rodríguez.

Antes que nada, quiero invocar la gracia del Espíritu Santo para que, lejos de ser este PREGON ANUNCIADOR DE LA SEMANA SANTA que se acerca, conjunto y composición de ideas más o menos acertadas o bellas, se convierta en instrumento tuyo, Señor Jesús, capaz de hacernos calar profundamente en el espíritu, el mensaje de dolor y de amor, de salvación y de esperanza que esta conmemoración lleva.

La Semana Santa —ha escrito Antonio Sequeros— es como una explosión del sentimiento de los hombres que se exterioriza con el sello especial de las raíces y tradiciones que determinan la forma y manera de ser de cada pueblo.

El arte y la emoción religiosa rivalizan en esplendores que las diversas cofradías y hermandades procuran exaltar en sentidos afanes de superación y belleza.

Y el hecho resultante de esta apoteosis colectiva son los desfiles procesionales por calles y plazas, entre la reverencial admiración de una humanidad anhelosa y suspirante, que se rinde y se postra al encanto de su presencia y embrujo, o de esa otra que se aturde y no llega a comprender el verdadero misterio de esta brillante y jubilosa demostración de arte y colorido que tanto les apasiona.

Murcia, monumental y barroca, marinera, sedienta y huertana, mística y pagana al mismo tiempo, se despierta y renace en Semana Santa, floreciendo como vergel donde al sentido religioso de sus habitantes, se suma el festivo y bullicioso de la multitud forastera, deslumbrada de tanta belleza y traspasada de cálida devoción.

Toda la ciudad, en estos días, se conmueve y electriza, pareciendo sobre todo sus noches, con la salvedad de la mañana del Viernes Santo, que un desfile fantasmagórico, recorre y cruza mil caminos, entre el murmullo de gentes, destemplados sonos de tambores, bocinas, trompetas... y el colorido de túnicas nazarenas moradas, rojas, blancas, verdes, magenta, oro, negras... en el silente y acompasado caminar de penitentes entremezclados del sentido de fervor religioso que preside y domina las procesiones.

La Semana Santa en Murcia es, como una mezcla de religiosi-

dad y de fiesta, profundamente enraizada con viejas costumbres que calan de manera especial en el alma sencilla y entusiasta de sus gentes. Aquellas que sientan sus bases como pueblo en las raíces de su historia —cruce de mil caminos y razas— en singular amalgama creador de una especial forma de ser, que configuran su carácter abierto, emprendedor, generoso, desinteresado... destacando su peculiar filosofía de la vida, su marcada influencia mediterránea sensible y soñadora... y muy principalmente su profundo sentido religioso, guardador de viejas tradiciones.

Tradiciones que a lo largo de los siglos se convirtieron en leyes, en relación con la Semana Santa, que son aplicadas con rigor en la ciudad y en la huerta, a la hora de tener derecho a la sucesión de túnicas, varas o estantes nazarenos. Privilegio que ha de recaer inicialmente en el primogénito de cada familia.

Familias a las que, por encima de todo, vienen transmitiéndose de padres a hijos el mensaje de amor y de esperanza que lleva la Semana Santa, en la presencia viva de Jesucristo, haciéndonos saber que el hombre no es sólo un receptor, un objeto del amor de Dios, sino que es capaz de «amar» como El, si sabemos aprovechar la enseñanza magistral de su muerte y resurrección.

A mi juicio, no existe en Murcia una Semana Santa, sino tantas como costumbres, entornos, profesiones, sensibilidades, maneras de ser y de vivir, que tienen cada uno de los barrios que configuran su geografía.

Y es precisamente desde esos barrios... desde lo alto de los campanarios de sus iglesias... aupándome hasta el último sillar de la esbelta torre de su catedral; desde donde quiero esta noche lanzar a los cuatro vientos el anuncio de la MUERTE Y RESURRECCION DE JESUCRISTO, convocándoos a presenciar el repetido y renovado suceso, en representación viva e itinerante por las calles y plazas de Murcia.

¡Que por unos días, amortigüen por ello, sus ruidos ensordecedores, los motores de vehículos, que quebrantan la paz en las ciudades...!

¡Que descansen, por unos instantes, de su rutinario parpadeo los semáforos y luminosos letreros, que guían y encasillan al hombre, privándolo de su libertad en aras del llamado progreso!

¡Que las aguas del río, de azarbes y acequias discurrán más limpias y puras... florezcan más hermosos los almendros!

¡Sople más fuerte el viento que arrastra y llena el ambiente del olor a flores y a yerba, a azahar de nuestros huertos...!

¡Que los hombres ralenticen su azaroso andar... detengan sus pensamientos, dedicando sus mentes a la profunda y responsable reflexión de tan trascendental acontecimiento...!

¡Silencio, por favor...!

¡Silencio!

Que va a pasar, por amor, camino del Calvario, Jesús el Nazareno.

* * *

El Viernes de Dolores, se hace en Murcia dramático en un anticipo a la Liturgia y a la Historia.

La recientemente creada Cofradía del Cristo del Amparo, inicia con sonos de tambores, en repetido y doliente machaconeo anunciador de la Pasión de Cristo, el comienzo de las procesiones...

Tras el solemne traslado desde la Iglesia de las Capuchinas, del Cristo del Gran Poder, extraordinaria imagen del escultor Nicolás de Bussi, partirá la procesión desde San Nicolás, en tradicional cortejo, cuyos nazarenos visten túnica de terciopelo color azul, en el que desfila también una bella escultura de la Dolorosa de Salzillo.

* * *

Y en el Domingo de Ramos, la Semana Santa en Murcia se hace luz y alegría...

Como en Jerusalén, una gran multitud, sale por las calles portando palmas y ramas de olivo al encuentro de Jesús.

Y al atardecer, desde la Iglesia Parroquial de San Pedro, partirá el Cortejo Nazareno con la Procesión del «Santísimo Cristo de la Esperanza», que organiza la Pontificia, Real y Venerable Cofradía del mismo nombre y Nuestra Señora de los Dolores.

Entrada de Jesús en Jerusalén, Arrepentimiento de María Magdalena, San Pedro, Nuestro Padre Jesús Nazareno, San Juan, La Dolorosa, Santísimo Cristo de la Esperanza...

Bellas imágenes en soplo de inspiración y de arte en destreza de gubias del inmortal Salzillo, Baglietto, y de sus sucesores en la escultura, José Hernández, Antonio Labaña, Francisco Liza...

Añejo y rancio sabor heredado de viejas cofradías y hermandades creadas en el siglo XVI, con sonoros nombres que hablan del pecado mortal y de ciegos...

Nazarenos vistiendo túnicas de terciopelo verdes con bordados en oro y capuz verde raso; blanco en el tercio de la Virgen y dorado en el de San Juan, guiados por arrogantes mayordomos adornados con almidonados encajes que cuidan del orden de la procesión...

Expresivo dramatismo en los rostros de Cristo y la Dolorosa que talló Salzillo, a cuya cofradía perteneció en compañía de su esposa, dejándonos el regalo de su obra, convertida en mensaje de Esperanza...

Dolor y quejido hechos poema, ante la imagen agonizante de Cristo, en la pluma del poeta Joaquín Pozuelo:

*Tú enciendes en la Cruz la herida abierta
que alumbra hasta mis ojos Tu Figura,
y lloras largos ríos de ternura
con lágrimas de sangre que despierta.*

*Tú extiendes Tu ancha lengua, que, desierta,
va atándose a la sed de su llanura,
y llevas un volcán de quemadura,
sentado en cada llaga descubierta.*

*Yo a cambio de Tu Muerte, en donde vivo,
te ahogo la mirada en mar de llanto,
y en ojos de tristeza Tu Alma escribo.*

*Yo en Tu íntimo Dolor espinas planto,
y heridas en Tu ardiente Cuerpo estivo,
que crecen, para herirme de Amor, tanto.*

* * *

El Lunes Santo está lleno de la mirada luminosa del Cristo del Perdón.

Al iniciarse la noche, partirá desde la Iglesia Parroquial de San Antolín, la procesión de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía, cuyos orígenes, como la del Domingo de Ramos, se remontan al siglo XVI, habiendo sido creada por el gremio de tejedores de la seda, en recuerdo del Prendimiento de Jesús en el huerto de Getsemaní.

Su actual manifestación data del siglo XIX, en una nueva reorganización de dicha cofradía, cuya procesión recorre plazas y calles convirtiéndolas en auténtica catequesis viviente, con la belleza deslumbrante de sus grupos escultóricos representando los instantes significativos y elocuentes de la Pasión de Cristo...

Presagios de traición... señales de humillación, de dolor, de angustia, de soledad, de consuelo y de perdón... en creaciones de los escultores Sánchez Lozano, Castillejos, Pastor, José Hernández, Martínez Fernández, Clemente Cantos, Toledo, Nicolás Salzillo, Roque López, Sánchez Tapia... Deslumbrante belleza de tronos; destellos de luces, adornos de flores, caminando a hombros de nazarenos estantes, auténticos cirineos dispuestos a aliviar con su esfuerzo el peso del Calvario de Jesús.

Túnicas color magenta (carmesí oscuro en fusión del rojo y azul), impregnadas de devoción y de cariño por las gentes sencillas del barrio de San Antolín y de la cercana y fértil huerta de El Puntal, La Albatavía, Espinardo, La Arboleja...

Policromía de bellísimas imágenes enmarcadas de penitentes, hechos conjunto armonioso de luz, arte y fervor, en la primavera murciana...

* * *

Un repetido sonar de tambores destemplados invade la ciudad, con quejidos de dolor hechos eco, por la crucifixión de Cristo, en la tarde del Martes Santo de Murcia.

Caminando entre sombras, en la recién llegada noche, estremece contemplar la desgarrada figura del «Cristo de la Salud», que con su singular quietud, va exigiendo a su paso luminosidad a las tinieblas y canciones al silencio.

Desde la Iglesia de San Juan de Dios, partirá pausada y so-

lemnemente, la procesión de la Pontificia, Real, Hospitalaria y Primitiva Cofradía, continuadora de la antigua Hermandad de Penitencia, en la que además del impresionante Cristo de la Salud, talla del siglo XVI, escuela castellana de autor desconocido —Cristo particularmente querido para mí— desfila también la «Virgen de los Dolores», otra obra del genial imaginero murciano Francisco Salzillo.

Honor y rigor de escolta, hecho tradición, en el piquete de la Guardia Civil con banda de tambores y trompetas, que acompañan al Crucificado, como recuerdo memorable del que fue Hermano de la Asociación, el Duque de Ahumada, fundador de la benemérita.

Nazarenos con frailunas sandalias portando cirios, vistiendo hábitos blancos, capa y capuz rojos, con cruz potenziada en el lado; atuendo que vistió, siendo Príncipe de España, su majestad el rey D. Juan Carlos I.

Colores de túnicas que nos hablan de amor y de sufrimiento...

Ramillite de lirios, claveles, rosas y azucenas, brotando junto a los pies de Cristo, con igual pasión que brota en los corazones de los jóvenes anderos cuando soportan con duro esfuerzo el peso del Crucificado, un desmedido afán de expiación de culpas... un compromiso de superación... un anheloso deseo de búsqueda de salud física y moral en el acercamiento al rostro doliente y misericordioso de Cristo.

Amor... devoción... recogimiento en la calle, ante la presencia del desfile, que preludia en la tarde noche del Martes Santo, la aparición de otro singular cortejo que se avecina y se une, partiendo de la cercana Parroquia de San Juan Bautista: El de la procesión con la venerada y venerable imagen del Cristo del Rescate.

* * *

Dice el Evangelista Mateo: «Y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha».

La procesión del Rescate supone para Murcia la expresión más popular de su recio sentir cristiano en viva manifestación de tradición y fervor.

Popularidad y sentimientos transformados en veneración masiva ante la imagen de «Jesús Preso» (en bellísima escultura del siglo XVI de autor desconocido), cuyo «rescate» para el «perdón» y la «esperanza» de los hombres, ansía el pueblo, quien fervoroso acude a su multitudinario «besapié» a modo del de Medinaceli, en el primer viernes de marzo.

Pueblo que, cada año presencia con recogimiento y con fervor el lento caminar del Nazareno, cuyos pasos sigue al término de la procesión, acompañándolo en silencio, en cumplimiento de promesas y penitencias ofrecidas a Jesús... llevando cirios encendidos y los pies descalzos, que soportan al andar el frío y la dureza del asfalto.

Orden... austeridad... devoción... respeto...

Impresionante desfile de penitentes en la noche de la esclavitud, que inicia una enorme cruz guía, portada armoniosamente por dieciséis hermanos nazarenos... en el que además del Cristo del Rescate, figura la bella imagen de Nuestra Señora de la Esperanza —al estilo de la Macarena— del escultor Sánchez Lozano, obra de singular expresión y conmovedora piedad...

Nazarenos vistiendo túnicas moradas y blancas, capas blancas y verdes... Verdor de olivos que nos habla de traiciones en el huerto del sufrimiento y de los desengaños... blancos de luz y de inocencia, como la del Cordero que ha de ser inmolado...

Tonalidades que dicen del amor y del dolor de Jesús.

La procesión del Martes Santo, es remanso de paz en las unas veces ruidosa, otras, atormentada Semana Santa de Murcia.

* * *

Y en la tarde caliente del Miércoles Santo, cuando quiebra el día, entre vuelos de atolondradas palomas que cruzan el cielo despavoridas... ribeteados sus jardines y sus amplias avenidas con guirnaldas de música y sol... partirá desde la Iglesia del Carmen, en el barrio más barrio, del que alguien ha dicho que supone para Murcia la reserva sentimental de lo que de pueblo tiene una capital, la populosa y popular procesión de la Real, Muy Ilustre, Venerable y Antiquísima Archicofradía de la «Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo».

La de LOS COLORAOS.

Tradición y seducción... pasión y arte. Entusiasmo de un público expectante que se apiña y conmueve ante el paso del murcianísimo cortejo, que cierra la impresionante imagen del Santísimo Cristo de la Sangre, del genial escultor Nicolás de Bussi...

Cristo que, con los pies desclavados del madero, en además caminante, parece ir en busca de la redención de los hombres, por cuya salvación derrama a raudales su sangre desde su roto costado.

Sangre que es recogida por ángeles que saben del valor del rojo chorro, de amor y de gracia.

Miles de penitentes... innumerables mayordomos... cerca de trescientos nazarenos estantes, formarán la interminable cadena serpenteante con túnicas rojas, en apretado abrazo a la ciudad que divide en dos el río y que, en la noche del Miércoles Santo, está más unida que nunca, cuando, el tradicional cortejo lleno de luz y movimiento, se desliza de manera sobrecogedora por el «Puente Viejo», que parece soportar como Cristo en la Cruz, el peso de los «peligros» del hombre.

La procesión de los coloraos, en el Miércoles Santo murciano, fue fundada en el mes de abril del año 1411 por los seguidores de las predicaciones de San Vicente Ferrer.

Ciento cincuenta y siete años después, se trasladó de la primitiva Iglesia de Santa Olalla de los Catalanes, al convento de los frailes de la Trinidad, desde donde salía el Jueves Santo, vistiendo sus nazarenos túnica de estameña, llevando la cabeza descubierta y encenizada; cingulo de esparto, haciendo penitencias de flagelación.

El quince de noviembre de 1589 pasó al convento de Carmelitas, hoy templo parroquial de Nuestra Señora del Carmen, siendo en el siglo XVIII cuando se diseña el vestuario que desde entonces, llevan en este desfile pasionario bajo la advocación de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Junto a Nicolás de Bussi, las tallas de Roque López, José Hernández, Juan González Moreno, Dorado... darán vida esa noche a pasajes bíblicos que nos hablan del agua viva que ofrece Jesús a la Samaritana, la única capaz de apagar la sed del hombre... del Lavatorio de pies a los apóstoles tras la cena, en clara demostración de amor fraterno y de humildad... de la tristeza de Pedro tras

su repetida negación que le anunciara Jesús... del Ecce Homo, en la fría presentación por Pilatos a la histérica multitud que lo ha de condenar... (original creación en la que aparece la popular figura del berrugo... Enseñanza de Cristo a las piadosas mujeres de Jerusalén que se lamentan por su muerte... lealtad y seguimiento de San Juan, el apóstol amado... sufrimiento y desgarró de la Madre Dolorosa, por la muerte de su hijo. El Hijo caminante, soportando el peso de la cruz que lo esclaviza, mas no le detienen en su afán evangelizador por todos los caminos... Como tampoco hay quien detenga en la noche del Miércoles Santo murciano, a cientos y cientos de nazarenos «coloraos», con sus típicas vestimentas, pletóricos de ilusiones, llevando pebeteros, cruces, cirios... o cargando con el peso de imágenes envueltas de luces, música y flores, en interminables hileras que van ribeteando en procesión, el paisaje que invita a la serenidad y al ensueño en este bendito rincón, hecho de mil contrastes, con sabores de tipismo, religiosidad y triunfos de vegetación, únicas e insospechadas...

* * *

*Y amanece el Jueves Santo.
El aire se llena de palomas,
de vuelos nuevos de golondrinas,
de nardos, de claveles, de alhelies...
de ritmo de jilgueros.
Huele a naranjos y a incienso.
Brilla más el sol, porque el Jueves es vida,
es plenitud. Eucaristía: el Amor de los Amores.*

La procesión del Silencio, es la que mejor condensa el ambiente religioso y penitencial de la Semana Santa de Murcia.

El silencio, es el lenguaje que mejor expresa la admiración ante lo sublime.

El silencio, es la palabra que mejor dice los grandes dolores, el amor más elevado.

Procesión de penitencia, partiendo desde esta Iglesia de San Lorenzo al son de diez frías campanadas.

Nazarenos vistiendo túnicas negras con vivos morados, calzando sandalias y llevando cirios de mortecina luz, forman la

cadena de amor, el camino de gracia por donde llegan a la ciudad los beneficios de Cristo.

Todo cobra esa noche un valor nuevo y extraño.

Los nazarenos tienen vaguedad inconcreta de espectros... y el silencio, roto a veces por cantos ancestrales de auroros o los fervorosos coros que entonan polifónicas composiciones, dan a su paso resonancia y ritmo...

Y el mismo Cristo del Refugio tiene esa noche un aspecto dramático, desgarrado, en el juego de luces y sombras...

Y la calle a su paso, se hace amor y dulzura.

Y hasta el Segura, apaga su eterno murmullo para ofrecer al Crucificado el homenaje de su silencio, en tanto que en el recuerdo se alza la voz del poeta murciano Francisco Cano Pato, implorando del Cristo su Gracia:

*Lengua de luz y de viento sosegado,
riego invisible bajo el mismo cielo,
que prende en alas de inefable vuelo,
un misterioso canto iluminado.*

*Roja sangre de Dios crucificado,
fuego de amor sobre el humano hielo,
eco inmortal de aquel divino anhelo,
que es llaga viva sobre su costado.*

*En esta noche sin amor, sin calma,
sin paz, sin fuego, donde mora el alma,
vénganos esa luz, esa aventura.*

*Exhala, Dios, tu sopro nuevamente,
sobre la arcilla débil de mi frente,
y será lo demás de añadidura.*

* * *

Así son en Murcia, las procesiones de su Semana Santa.
Cujadas de tradiciones, de Cristos y de pasiones, de jubilosos hosannas...

Mas, decir Semana Santa en Murcia, es decir, Viernes Santo. Y decir Viernes Santo en Murcia, es decir «Salzillo».

Y decir Salzillo, es decir «ALMA, RELIGIOSIDAD, EXPRESION, BARROQUISMO, INSPIRACION, DULCE AMARGURA»...

Es contemplar cómo el primer rayo de sol de la madrugada se quiebra en la frente de la incomparable madre Dolorosa. Y entonces, sentir un ansia especial de vida que brota desde lo más profundo del alma de esta bendita tierra, con la misma fuerza que la semilla en el surco al nacer el día...

Es como un brote tierno que rompe el caparazón terroso, resplandeciendo después el verdor de sus hojas... Es sentir un deseo de PREGONAR con voz fuerte, para que la gente lo sepa, todo cuanto Murcia y su Semana Santa es, todo cuanto Murcia y su Semana Santa, siente... todo cuanto Murcia y su Semana Santa, representa.

Y es que, la mañana del Viernes Santo es la mañana del infinito dolor y de la esperanza infinita para las gentes sencillas y cristianas de Murcia y de su vega.

También, el fiel testimonio de un pueblo que orgulloso transmite su fe y sus tradiciones de padres a hijos, generación tras generación, junto al amoroso cuidado de sus imágenes, tan expresivas y bellas.

Cuando llega el Viernes Santo, los huertanos, que no tuvieron durante el año contacto alguno con su iglesia nazarena... acuden ahora a la de Jesús, iniciando su caminar desde las primeras horas de la madrugada, en hormigueante recorrido entre sendas... vistiendo sus túnicas moradas, sus artísticas medias, sus esparteñas, puntillas, guantes... sujetándose fuertemente la cintura con el apretado cordón del que cuelgan grandes rosarios, cuyo cíngulo habrá de sostener el peso de los abultados senos guardadores de golosinas, huevos duros, monas, habas... que en generoso rito, hecho tradición y costumbre (ante la extrañeza de muchos forasteros), repartirán más tarde entre amigos y familiares.

Lo anuncian graciosamente los versos que envuelven los caramelos que reparten, a modo de coplillas:

«Las procesiones de Murcia,
son dignas de admiración,

porque te dan caramelos,
de fresa, menta y limón...»

O esta otra:

«Cuando un nazareno veas
con la túnica embuchada
no le pidas caramelos,
que lo que lleva son habas...»

Vienen ufanos, contentos... dispuestos a participar en el tercio de su cofradía de La Cena, La Oración en el Huerto, El Prendimiento, Los Azotes, La Mujer Verónica, La Caída, Nuestro Padre Jesús Nazareno, San Juan o la Dolorosa...

Y también vestirán túnicas e ilusiones los comerciantes de Trajería o Platería, de Puxmarina o San Pedro... los vecinos de Santa Eulalia, San Andrés, San Antolín, San Nicolás, del Carmen, San Lorenzo...

Y lo harán igualmente los importantes letrados, catedráticos, militares, arquitectos... y las gentes humildes... los acaudalados, los de apellidos sonoros y nobles, los artesanos, los jóvenes, los industriales y funcionarios... en suma, todo el pueblo.

Y desde muchos días antes, se cubrirán las calles de sillas plegables de madera con incómodos asientos.

Y antes del desfile, mientras las gentes aguardan, venderán a los zagales turrón de panizo, globos, frutas pinchadas en finos palos con caramelo por fuera.

Y al llegar la procesión tras la larga y dura espera, pasarán los nazarenos con sus túnicas moradas, entre el sonar trepidante de tambores y trompetas...

Unos llevando estandartes, otros cruces, otros velas.

Y al pasar con su mirada triste, el Jesús de Rigusteza, una madre, una abuela, dirá al zagal o zagala, mientras contiene sus lágrimas para que no le salgan fuera, que le pida ¡tantas cosas...! y lo mire con fijeza. Y tambaleante, a hombros de sus anderos, pasará la Cena, el Ángel, la Verónica, el Cristo de la Columna, San Juan o la Dolorosa...

Y entonces, tomarán vida las palabras que dijera Antonio Zaya: «La Dolorosa de Salzillo es una mujer que llora, que sus-

pira y gime, que desfallece y casi agoniza... pero no es una madre cualquiera: es la madre de un Dios».

Y es que el genial escultor murciano quiere que sus esculturas sonrían y lloren, que suspiren y que amen, que unan a la grandeza espiritual la grandeza plástica.

Y para ello, toma su paleta a la huerta, pintora madre, y sus inocencias a la doncella... y sus sufrimientos a los vencidos... y sus lágrimas a las madres que han llorado a sus hijos sobre el terruño... y hace algo nuevo, grandioso, vivo, humano, pero que no por eso deja de reflejar una idea que es siempre ultraterrena, porque es unas veces el sacrificio... otras, la castidad... otras, la divina sabiduría, pero siempre, la fe.

La fe siempre, sí, la fe... y el consuelo y la paz y la emoción y el recogimiento que trascienden de cada imagen que forman la procesión del Viernes Santo en Murcia, en un derroche de belleza plástica que, con la plena luz del día, parecen adquirir vida en la expresión, el gesto, la dulzura, el detalle más insignificante en cada mano, en cada brazo, en cada rostro, en cada mirada...

Por eso las gentes se apiñan en las calles... se suben a ventanas o asoman a los balcones, para mejor contemplar el paso de los Salzillos, que les deja absortos, mudos, sobrecogidos por tanta emoción.

* * *

La noche del Viernes Santo, es noche de luto, de profundo dolor... de muerte.

Desde la Iglesia de San Bartolomé, partirá la procesión de la Real y Muy Ilustre Cofradía del Santísimo Entierro, cuyos orígenes datan del siglo XVI... vistiendo sus penitentes túnicas negras, pareciendo esa noche que las imágenes llevan reflejadas en sus rostros, toda la carga emocional y triste que embarga y preside el desfile. Una Cruz Guión, llevada por un mayordomo regidor, abrirá la procesión en la que figura la Virgen de las Angustias, de la Hermandad de Servitas, obra de Salzillo, siguiéndole estandarte mayor y el paso de la Virgen de la Amargura, del escultor González Moreno... Cruz de la Hermandad del Santo Sepulcro y el paso del Santo Entierro, inspirada obra del citado escultor González Moreno al igual que San Juan.

Por último, la Virgen de la Soledad, de autor desconocido, es llevada a hombros de estantes nazarenos, al igual que las anteriores, en medio de un especial ambiente de respeto y reflexión por la muerte de Cristo... ante cuya aparición plástica, en el instante de ser depositado en el sepulcro por Nicodemo y José de Arimatea, exclamara el poeta Andrés Bolarín:

*Está como dormido, ¡y está muerto!
Muerto Jesús, el faro de la vida,
y está sobre la sábana extendida,
junto al sepulcro que se abrió en el huerto.*

*¡Muerto Jesús, que era Verdad y Camino!
¿Cómo encontrar la Gracia Verdadera,
si ya no hay pan que bendecir pudiera,
ni en nombre de su sangre nos da el vino?*

*Se agostó para siempre la hermosura,
que va a enterrarse en esa sepultura,
y se perdió su salvadora guía.*

*Terminó de manar la bienechora,
fuente de su palabra redentora.
El sol se hundió y está enterrado el día.*

* * *

Y esa misma noche, al son de las siete campanadas, la Hermandad del Cristo de la Misericordia, con la imagen del Crucificado, obra de gran belleza y emotiva piedad, recorrerá las calles que separan San Miguel de San Bartolomé, uniéndose ambas, vistiendo sus nazarenos túnicas negras y capuz grana.

La procesión del Santo Entierro tiene el sello del dolor sublime de la Virgen que acompaña a su hijo yacente por la calle de la amargura sembrada de rosas y claveles, en la noche primaveral de Murcia.

Dolor, austeridad, señorío y silencio en el cortejo protocolario al que asisten los presidentes que forman el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías, en solemne y regio desfile.

Pero Murcia, siente hasta lo más profundo de su ser el «vacío» por la muerte de Cristo, al que acaban de enterrar.

Y busca por ello con ansiedad su «retorno», con el convencimiento de que, únicamente El, podrá darle sentido a la vida.

Lo manifiestan así los nazarenos que desfilan a las 12 de la noche cuando el Viernes Santo también muere, partiendo desde la noble iglesia carmelitana, llevando los penitentes el luto en sus túnicas y en sus corazones.

Iguales mayordomos que en el miércoles de los coloraos, acompañan ahora con fervor a la cruz sin Cristo, San Juan y la «Soledad»... con la que quieren vivir en esas horas de la madrugada.

Y apurando los últimos instantes de la apretada Semana Santa... la que nos lleva al convencimiento de que también aquí y ahora, seguimos los hombres dándole sufrimiento y muerte a Jesucristo, día a día... la tarde del Sábado Santo, a eso de las seis, se convierte en reguero de nazarenos de blanco que, partiendo desde la Iglesia de Santo Domingo, acompañan a Cristo Yacente, en bella obra de escuela granadina, en reciente y fervorosa procesión de la juventud, que significa esperanza.

* * *

¡Y después, la gloriosa Resurrección de Cristo!

¡Vuelo alegre de palomas!

¡Tañer de campanas!

¡Música en las calles!

¡Amor fraterno!

Desfile brillante en la mañana de luz y de alegría del Domingo de Resurrección.

Popular procesión llena de color, de vistosidad y de arte, de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Señor Resucitado que, partiendo desde la Iglesia de Santa Eulalia —abriendo el cortejo la singular figura del «demonio» encadenado, prisionero del Arcángel San Miguel—, simbolizará el triunfo de Dios sobre la muerte y el pecado.

La victoria de Jesucristo, Cruz Triunfante, San Juan Evange-

lista, Cristo Resucitado, Aparición de los Apóstoles, Virgen Dolorosa... llevadas a hombros de vistosos anderos...

Artísticos tronos cuajados de flores recorriendo las calles de la ciudad entre la alegría y el contento... envueltos de músicas brillantes y festivas, como contraste y colofón a la plástica y patética semana de la meditación y el recogimiento, por la muerte de Cristo. ¡Es Pascua!

* * *

Al término de este breve recorrido que, de las procesiones de Semana Santa hemos hecho, quisiera destacar, cómo en Murcia sobresale de manera notable su sereno equilibrio que frena ímpetus, pese a tenerlos... exterioriza tímidamente fervores... mostrando con la mayor naturalidad del mundo su manera de ser abierta y campechana... haciendo lo sobrehumano, natural; lo difícil, sencillo; lo sublime, normal; lo extraordinario, cotidiano. Y es que Murcia —que es pasión— no vive apasionada.

Y hace lo que ha de hacer: trabajar, crear, orar... creyéndose, al hacerlo, no hacer nada.

Y cuando llegan los días de Semana Santa, Murcia, pese a su incesante cambio de fisonomía que la convierte cada vez más en atractiva y moderna capital... se «trocea como pan de Cristo» en enamoradas partes que son sus barrios irregulares y sombríos, guardadores de viejas tradiciones y costumbres que heredaron de sus mayores...

Y es entonces cuando surge el acontecimiento, la multiplicidad de actos, el hormigueo de gentes participativas. La acción en suma de una ciudad, y su vega, que se prepara y vive conjuntamente, de manera única, el gran acontecimiento histórico de la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Mas, en Murcia, no son solamente los desfiles procesionales los que acercan al hombre a la meditación y la reflexión en Semana Santa.

También sus Vía Crucis, al comienzo de la Cuaresma, que, partiendo desde la Catedral, en esas frías mañanas de los últimos viernes del invierno, recorrerán calles y plazas con multitudinario acompañamiento de hombres y mujeres piadosos... quienes, en la

aurora del día, desgranarán canciones de perdón y avemarías con el mayor fervor...

Y más tarde, en los días cumbres de la Semana Mayor, tras la celebración de quinaros, sermones, vigiliás, traslados de imágenes... tendrán lugar innumerables actos litúrgicos en todas las parroquias, entre los que destacan, en el Jueves Santo, el Lavatorio de pies, al comienzo de los oficios, en simbólica y grandiosa manifestación de humildad y purificación viva, a imitación de Cristo... culminando más tarde —una vez Jesús muerto— con el rezo de estaciones en los innumerables y engalanados monumentos...

Y es que, Semana Santa en Murcia es, además de la gran oportunidad de ver materializada la inspiración hecha soplo de arte, en el hábil manejo de gubias del simpar Salzillo, o de aquellos otros escultores que, como él, pusieron fervor y corazón en la realización de hermosas tallas de la Pasión... el recreo de contemplar bellos tronos... ricos bordados... luces y típicas túnicas nazarenas... el encanto de escuchar voces de auroros o de pasión en el Jueves Santo... o el de acompasados sonos de tambores, y marchar... ver desfilar a piquetes castrenses, autoridades civiles y eclesiales acompañando a sus imágenes...

Además de todo esto, digo, Semana Santa en Murcia es reflexión y silencio. También, la oportunidad de dar gracias al Creador, por haber tenido la suerte de nacer o de vivir, en este lugar de privilegio.

Lugar donde el sol es más limpio y el cielo es más bello.

El que lleva en sus aires sonos de parrandas..., fragancias de huertos, que embriagan y apasionan a un mismo tiempo.

Ciudad de esbelta torre, habitada por gentes sencillas, dotadas de corazones buenos.

Aquella que abre como nadie sus brazos, al que es forastero.

La de gentes alegres y bulliciosas, con sentido del humor y serios a un mismo tiempo.

Y es que Murcia, es mucha Murcia.

Es bondad y embeleso, es revolotear de palomas y alondras, canto de jilguero.

Es olor a pan caliente de campo o de huerta. Brisa de mar, luminaria de mineros...

Hermosa tierra que sabe dar y darse como ninguna otra. Sufrir en silencio.

Y lo más grande de todo ello, es que Murcia, hace lo que ha de hacer, sin dar a nada importancia. Cual si nada hubiera hecho.